

Siglos de opresión, noventa minutos de libertad

Cinco siglos de historia entre España y Argentina. Una final que es mucho más que un partido.



Hay partidos que duran noventa minutos y otros que empiezan siglos antes de que el árbitro haga sonar el silbato.

La final del domingo entre Argentina y España pertenece a esa extraña categoría. No porque un Mundial pueda resolver la Historia —sería absurdo pensarlo—, sino porque hay ocasiones en las que el deporte despierta recuerdos latentes en el tiempo.

Escribe tu correo electrónico...

Suscribirse

Llevo muchos años viviendo en España. Aquí encontré trabajo, amigos y algunos de los lugares que más quiero. Mojácar es uno de ellos. Cada verano, cuando vuelvo a pasear por sus calles blancas, tengo la sensación de regresar a un sitio que también forma parte de mi vida. Con el tiempo he aprendido que uno puede tener más de un hogar y que el cariño por una tierra no obliga a renunciar a la otra.

Por eso este artículo no nace del resentimiento. Nace de una contradicción.

Desde hace años me dedico a estudiar Historia y esa costumbre termina colándose en la vida cotidiana. Uno ya no mira un paisaje sin preguntarse quién lo habitó antes, ni pasa junto a una iglesia sin pensar en las generaciones que la levantaron. Tampoco consigue ver una final entre España y Argentina sin recordar que, mucho antes de compartir un idioma, compartimos una historia llena de encuentros, desencuentros, heridas y también afectos.

Todo comenzó cuando Argentina todavía ni siquiera existía.

En 1516 Juan Díaz de Solís se adentró en las aguas inmensas del Río de la Plata convencido de que estaba abriendo una nueva ruta para la Corona. La expedición terminó de forma dramática. Solís murió durante un enfrentamiento con indígenas ribereños y los supervivientes huyeron de aquel lugar que Europa apenas empezaba a dibujar en sus mapas. Siempre me ha impresionado ese episodio porque rompe uno de los grandes mitos de la conquista. América nunca fue un escenario vacío esperando la llegada de Europa. Estaba llena de pueblos que tenían memoria, leyes, comercio, conflictos y una idea muy clara de que aquella tierra ya pertenecía a alguien.

Después llegaron otras expediciones, otras fundaciones y, finalmente, el largo tiempo de los virreinos. Como historiador sé que sería demasiado sencillo reducir tres siglos de presencia española a una historia de verdugos y víctimas. La Historia nunca funciona así. Hubo mestizaje, universidades, ciudades, intercambios culturales y una lengua que hoy compartimos más de seiscientos millones de personas. Pero también hubo un sistema colonial pensado para beneficiar, antes que a nadie, a la metrópoli. La plata de Potosí cruzó el Atlántico durante generaciones mientras buena parte de América aprendía que las decisiones importantes seguían tomándose a miles de kilómetros de distancia.

Quizá por eso nunca me ha gustado demasiado esa expresión de la Madre Patria. No porque dude del afecto con el que muchos la pronuncian, sino porque las palabras también tienen historia. Las madres protegen a sus hijos. Los imperios administran territorios. Y entre una cosa y la otra existe una diferencia enorme.

Lo curioso es que las ideas que terminarían cambiando América nacieron, en buena medida, en el propio mundo hispánico. Manuel Belgrano estudió en Salamanca y Valladolid. Allí descubrió la Ilustración y comprendió que la soberanía no era un patrimonio eterno de los reyes. José de San Martín pasó más de veinte años vistiendo el uniforme del ejército español. Combatió contra Napoleón, conoció de cerca el derrumbe del viejo orden europeo y, cuando regresó a América, ya no era el mismo hombre. Siempre me ha parecido una de las grandes ironías de la Historia que algunos de los libertadores más importantes de América fueran también hijos de la mejor tradición intelectual española. No lucharon contra un pueblo. Lucharon contra una forma de entender el poder.

Hubo otro momento que siempre me emociona cuando vuelvo a leerlo. Las invasiones inglesas de 1806 y 1807. Buenos Aires resistió casi sola. Los vecinos organizaron milicias, expulsaron al ejército británico y descubrieron algo que cambiaría su destino para siempre: si eran capaces de defender su ciudad sin depender de Madrid, quizá también podían gobernarse a sí mismos. A veces las revoluciones no empiezan con grandes discursos. Empiezan cuando un pueblo pierde el miedo.

Después llegó Mayo de 1810. Belgrano, Moreno, Castelli, Güemes y, poco después, San Martín, comenzaron a escribir una de las páginas más extraordinarias de la historia americana. No fue una aventura improvisada ni una explosión romántica. Fue el resultado de décadas de cambios, de lecturas, de guerras, de contradicciones y de una pregunta que recorría todo el continente: ¿por qué un pueblo debía obedecer eternamente a un rey que estaba al otro lado del océano?

Han pasado más de dos siglos desde entonces.

Hoy escribo estas líneas desde España. Y quizá esa sea la mayor paradoja de todas. Porque este país me ha acogido con una generosidad que hace imposible cualquier caricatura. Cuando escucho ciertos discursos simplistas sobre España, no pienso en la gente que conozco. Pienso en mis amigos, en mis compañeros de trabajo, en los vecinos con los que comparto un café o una conversación al caer la tarde. Ellos no tienen ninguna responsabilidad sobre las decisiones tomadas hace quinientos años, del mismo modo que yo tampoco soy responsable de las guerras civiles argentinas o de los errores de mis propios gobernantes.

La Historia, afortunadamente, no funciona como una herencia de culpas. Más bien como una herencia de memoria.

Por eso quiero que gane Argentina.

No porque una Copa del Mundo vaya a reparar la conquista de América. Sería absurdo pensarlo. Tampoco porque crea que el fútbol pueda saldar cuentas con la Historia. Los goles no cambian el pasado y las victorias deportivas no reescriben los archivos.

Quiero que gane Argentina porque los pueblos también necesitan símbolos. Porque, de vez en cuando, el deporte nos permite jugar con la Historia sin hacerle daño. Porque durante noventa minutos es posible imaginar que aquel territorio que un día fue una colonia se encuentra frente a frente con la antigua metrópoli en un escenario donde ya no existen jerarquías, ni virreinos, ni galeones cargados de plata. Solo hay una pelota y dos selecciones que compiten en igualdad.

Y hay algo profundamente hermoso en esa imagen.

El lunes, gane quien gane, volveré a tomar un café con mis amigos españoles. Nada de eso cambiará.

Pero el domingo, cuando el balón empiece a rodar, permitanme una pequeña licencia.

No la de un argentino. Ni siquiera la de un aficionado al fútbol.

Permitanme, simplemente, la de un historiador que sabe que, a veces, los pueblos encuentran en el deporte una forma amable, casi poética, de conversar con su pasado. Y que, precisamente por conocer ese pasado, no puede evitar desear que, esta vez, la copa cruce el Atlántico rumbo al sur.

Compartir

Bibliografía

Bragoni, Beatriz. San Martín. De soldado del Rey a héroe de la nación.

Chiaramonte, José Carlos. Nación y Estado en Iberoamérica.

Elliott, J. H. Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América (1492-1830).

Halperín Donghi, Tulio. Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla.

Goldman, Noemí (coord.). Nueva Historia Argentina. Revolución, República y Confederación (1806-1852).

Lynch, John. Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826.

Lynch, John. San Martín. Soldado argentino, héroe americano.

Mandrini, Raúl. Los pueblos originarios de la Argentina.

Rock, David. Argentina, 1516-1987.

Suscríbete a El Substack de Martín

Por Martín Stutz Lucca · Launched a month ago

Mi Substack personal

Escribe tu correo electróni

Suscribirse

Al suscribirte, aceptas los [Términos de uso](#) de Substack y reconoces su [Aviso de recopilación de información](#) y su [Política de privacidad](#).

👍 1

💬

🔄

Compartir

Discusión sobre este post

Comentarios

Restacks



Escribe un comentario...

Lo mejor de

Último

Q

Mojácar o la extraña sensación de volver siempre a casa

Más de tres mil años de historia en un pueblo que aprendió a sobrevivir sin perder su alma

JUL 14 · MARTÍN STUTZ LUCCA

Las banderas y la memoria de los pueblos

Historia, identidad y poder detrás de los símbolos que emocionan a millones de personas

JUL 21 · MARTÍN STUTZ LUCCA

La memoria del poder Ensayos sobre franquismo, olvido y totalitarismo.

Capítulo I. Gobernar el pasado o cómo el franquismo convirtió la memoria en un instrumento de dominación.

JUL 27 · MARTÍN STUTZ LUCCA

Ver todo >

Por supuesto, sigue adelante.

Escribe tu correo electrónico...

Suscribirse